

elementos, es factible ver en ese desnudamiento concreto del proceso intelectual ("no en ideas, sino en cosas") una reflexión acerca de la poesía, el poema y sus posibilidades. Naturaleza, hombre, vida, el árbol, "imagen viva/de los pensamientos", "fuerza superior a todo destino", "magisterio de amor y no un ciclo de leyes", "sombra/para el descanso y no para la muerte", "viva lección de coraje y esperanza" llega a ser también el árbol de la poesía y, consecuentemente, su fruta, uno de "los viejos metros del pensamiento" (pág. 31), "puro, sabroso deleite" (pág. 35), el poema, estallido fugaz que, inagotable en sí mismo, sobrevive a la negra cosecha del tiempo.

Los textos que integran "Dos ejercicios bíblicos" constituyen una especie de pausa entre el comienzo y el final del libro. Hay aquí el acercamiento a una lírica convencional tanto por sus temas (el amor, el olvido, el deseo, la muerte), como por el tratamiento formal (cierta musiquita lograda gracias a la anáfora y otras repeticiones, algunas comparaciones tradicionales, añejas) y el temple de ánimo (cierto sentimentalismo que las máscaras poéticas —pese a su lejanía en el tiempo y en el espacio: la Galilea de cuando Jesucristo— no logran del todo disimular). *Canción del israelita y su esclava*, pese a su calidad intrínseca, a su forma decorosa, nada aporta frente a los *Lieder* y *Sonatas* de Alvaro Mutis, las canciones de Aurelio Arturo o Giovanni Quessep. Pero podría tratarse, de acuerdo con el título, de una especie de *divertimento*, de búsqueda de un tono, de ensayo de otra máscara poética.

*Ripios* representa, pues, un cambio casi radical, la otra cara; el reverso de "Glimpses" y "Jardín": del asombro, de la sorpresa ante un mundo principalmente vegetal, luminoso, de "mágicas presencias" (pág. 23), pasamos al sabor de "ceniza y responso" de la "ciudad vacía en la noche", con sus anuncios quemantes, y a la indolencia de la naturaleza ante la fragilidad y la angustia del hombre. Cárcel, cristal, el cuarto callado que rodea al hablante lírico es ahora el espacio del caído, del desengañado para quien "el amor ya más nunca/la esperan-



zada cabeza/vuelve" (pág. 52), del enfermo exhausto que, no obstante, todavía contempla la plaza, el puente, el parque, pero ya no acierta a "ver" nada, sino a formularle, a la "vida perdedora" (pág. 51), meras preguntas acerca del sinsentido, el "¿para qué?" de todo, pétalo, hoja, cuerpo, amor.

*Glimpses* marca, en sus momentos más altos, una salida, una pausa, un jardín, un cambio en relación con las características definitorias de la poesía colombiana de los dos últimos decenios, exceptuando unos cuantos nombres. Las mentadas de madre al país, el sentirse perdidos en una realidad problemática más cercana a las pesadillas que a los sueños, la manida y manoseada moda de los poemas de amor a lo Cavafis, los chistes a lo Parra, la antipatía hacia lo trascendente, la quejumbre porque a la Atenas sudamericana no le tocó la tragedia griega sino el lloroso melodrama, la histeria, el golpe de pecho, la nostalgia del bolero y los poetas coronados con laureles puestos diplomáticos, las epístolas en los apartados del viento, el sarcasmo, en fin, la ironía como principio rector del poema, ceden su lugar a una poesía cuya lucidez le permite adoptar una actitud constructiva frente al mundo, una invitación a la reconquista de la realidad, al uso de la razón y al dominio de la palabra para hacerla producir frutos, para ampliar el ámbito en que respiramos y vivimos, y hacer mucho más hospitalario nuestro universo.

ARIEL CASTILLO MIER

## Romanticolombiana

Estación desconocida

Matilde Espinosa

Trilce Editores, Bogotá, 1990, 204 págs.

Cuando leí este libro evoqué, ante tal desigualdad de selección en términos de calidad, un poema de Senghor, en el que el poeta se pregunta: "¿son éstas, lianas o serpientes, las que enredan mis pies?". El camino de la creación se ve plagado, al recorrerlo, por acechanzas, entre ellas la de enamorarse de todos sus hijos imaginados: los poemas, y negarse a romper ese papel donde aparecen, eutanasia poética que muy bien le pudo venir al libro.

Lo que parece evidente a primera vista dentro de algunos poemas es la falta de rigor para eliminar fragmentos que asfixian composiciones cortas, tan cortas como un haiku y de una belleza muy especial: "De nadie, en nadie/ queda tu cuerpo regado/ como el vestido del árbol/ en paraje solitario" (*Nadie*, pág. 101).

Es clara la vocación intimista, de un lirismo muy "romanticolombiano" (hasta el tema de la violencia aparece...); leyendo el poemario se me antoja que la escritora pasa por momentos de disímil intensidad al escribir: habla de realidades muy planas que pudieron ser excelentes cuadros, pero de pintura; en cambio, a veces se sumerge en ese vértigo de donde se asciende con una joya en la frente.

Pero no puede uno hablar de fragmentos, de pedazos de esta geografía poética; en conjunto, el libro debió ser más meditado, incluso por el corrector de pruebas, pues da la impresión de que un fantasma devorador de letras se hubiera cebado en la prueba final (págs. 17, 33, 37, 61) de este tomo, cuaderno de la colección, 5.

Me parece un desacierto como diseño del libro el utilizar tan pobremente las hojas que llevan títulos.

En cambio, el título del libro y la portada guardan una agradable relación.





Sobrados elementos hay para afirmar que se trata de verdadera poesía y que la autora es genuinamente poeta. Así como que existen aguas envenenadas, debemos saber que no todo lo que brota de la pluma es bueno.

El poema *Marzo* produce la sensación de haber tenido una desgraciada digresión entre su inicio ("¿De dónde el rumor casi confidencial/ de algo que nace o de algo que muere?") y su final ("Es la noche de marzo sobre la piedra blanca/ de la luna insurgente") (pág. 5). Y así ocurre con el libro en general, en donde "interrogantes" imágenes de calidad con vocación hermética se aparejan a otras en las que el tono decae y la imagen pierde la eficacia. Cito: "Como rescatar la nave/ si era de niebla?/ como encender la palabra/ si hace tiempo/ se oscureció el camino?/ como escuchar el viento/ si el túnel encogió/ la noche?/ como interrogar [sic] el silencio/ si el ruido del naufragio/ alcanzó las estrellas?".

El libro está repleto de nostalgia, cruzan por él una noche persistente que a veces la luz rompe para inaugurar ciertos trazos bucólicos, pájaros y otros elementos que confirman ese romanticismo lleno de añoranzas que siega lo que pudo ser mejor. Al comienzo del poema, desde el fondo la escritora misma se cuestiona: "mirar desde el fondo/ de una gran distancia/ cuanto pudo ser el poema..." (pág. 109).

RAFAEL PATIÑO GÓEZ

## Plano y carente de vuelo

*País escaso de mi cuerpo*

Judith Nieto

Editorial Lealón, Medellín, 1990, 42 págs.

El poemario de Judith Nieto marca una primera incursión en la riesgosa aventura de publicar poesía.

Con portada de diseño agradable, por la conjunción de tonos, pero ilustrada muy pobremente, el libro, sin índice y compuesto por treinta y dos poemas de corta factura, goza de unidad, unidad que nace de su carácter "erótico" (entre comillas, en razón de lo aleatorio que el uso del término aquí tiene, puesto que los poemas están compuestos por imágenes demasiado evidentes cuya eficacia es dudosa y en las que el erotismo que conocemos en la buena poesía brilla por su total ausencia).

Nos hallamos ante un discurso amoroso, atormentado, plano y carente de vuelo; al escribir, la autora se deja ganar por una emoción primaria, por una espontaneidad que, dominándola, se traduce en una producción que no aporta nada nuevo y que no soporta el rigor de una lectura detenida, crítica.

Existen verdaderas torpezas dentro de algunas composiciones: El imposible retorcimiento corporal cuando dice "Déjame/ asilarme en el espacio/ que hay entre tus piernas/ y la punta saliente/ de mi tobillo izquierdo" (pág. 5), o esta joya que supondría la existencia de minotauros calzados: "Un minotauro/ descalzado y azul [!] Me vigila..." (pág. 6). La autora deja entrever cierto humor negro (como en el poema del gato pardo, pág. 8), humor que si dejara fluir la salvaría un poco: "...y cuando maulla de hambre/ le permito que chupe/ de mi llaga que todavía/ gotea".

Se siente la impresión de que, so pretexto de escribir con toques de hermetismo, se cae en la imagen simplemente abstrusa: "...mi pálida/

desnudez/ que tiene el color del/ ruido de puntillas" (pág. 9). Parece que hubiera un hábito de irreflexión, una incapacidad de volver con ojos críticos al poema para embellecer, pulir, mejorar su construcción, cayendo por eso en una expresión muy pobre: "un pedazo (!)/ de mi mojado cielo escapó de la húmeda/ palabra que entre/ mis piernas guardé" (pág. 12). Dentro de un mundo poéticamente rico, el discurso genera otros discursos. Sus giros, sus sinuosidades, su vértigo, encierran otro mundo en él, generan uno paralelo o lo hacen tan gaseoso que hablaríamos hasta de sublimación. En este caso no se trata de nada de eso, y podemos afirmar que el poemario no genera ningún aporte al mundo de la poesía erótica o amorosa.

A través de los textos, la autora deja entrever la falta de formación (en lo que atañe a la lírica moderna), y el desarrollo que la poesía ha alcanzado no perdona tal carencia.

*País escaso...* es un libro nacido de las atormentadas obsesiones nocturnas del cuerpo deseante (de la que escribe) alumbrado por la luz avara de la soledad, esa misma que siembra negruras a causa de la ausencia del ser amado.

RAFAEL PATIÑO GÓEZ

## Pre-texto para (no) presentar libros de poesía

Con la venia de los heliotropos de Eugenia Sánchez Nieto (Yuyín). El mar y las palabras de Jorge Marell. Viento plateado de Walter Azula. Tiempo y piel de Víctor Paz y Detrás del tiempo de Reinaldo Salguero.

Presentar el nuevo libro de un poeta es, para mí, más que una responsabilidad, una irresponsabilidad. Y si en lugar de uno son cinco, entonces no